Sor María Victoria Triviño, osc

orar con...
san Antonio

Desclée de Brouwer

Índice

Prólogo 11

Introducción 15

Breve semblanza de San Antonio 19

Primera parte:
Tu rostro buscaré 25

1. "Ya es hora de despertar" 27
2. "Cuántas veces quise..." 33
3. "Sígueme" 41
4. Lo hemos dejado todo 47
5. Ven, sigue a Jesús 55
6. El águila que vuela alto 61

Segunda parte:
La montaña de la contemplación 69

7. Sube a mí en el monte 71
8. Sentidos del rostro espiritual 79

9. Vestiduras blancas. 85
10. Éste es mi hijo amado 89
11. Enseñanzas sobre la oración. 97
12. Id a predicar 109

Tercera parte:
Santa María Virgen 117
13. En alabanza de la santísima Virgen 119
14. Estrella de la mañana 127
15. Triclinio de la Trinidad 133
16. Casa de Pan, granero de Dios 143
17. Oblación de Cristo y de María 151
18. El trono de estrellas. 163

Cuarta parte:
Jesucristo 169
19. Un niño nos ha nacido 171
20. Hemos visto su estrella 179
21. El nombre de Jesús 187
22. Tu Rey viene a ti 193
23. La última cena. 201
24. Perfumes para el resucitado 209

Quinta parte:
Consuelo, amor y dicha 215

25. "Os doy un mandato nuevo". 217
26. "Amarás" 227
27. Amarás firme y dulcemente 235
28. Amarás al prójimo 241
29. Dichosa aquella águila 247
30. ¡Dichosos!. 255

Epílogo 265

Prólogo

Serán muchas las alegrías que vendrán: de gente sencilla, estudiosa, devota, buscadora, amiga, para seguir con más amistad con el Santo de Portugal, de Padua, de todo el mundo, y rezar en cualquier tempestad, alegría, o en la intercesión de un milagro. ¡Que necesitamos milagros! Y, dentro de los más importantes, tener fe, seguir con esperanza, saber amar confiadamente. Y milagros en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y la riqueza, en la juventud y en la niñez.

¡Oh!, si aprendemos a reír, a bendecir, a caminar, a orar, a ser sencillos, confiados como las aves del cielo, seguros en la bondad del Padre, acogedores como Jesús con los pecadores y más pobres. Ojalá aprendamos a pedir el Reino en medio de la inseguridad, por la misericordia que vemos en la Cruz; ojalá aprendamos a pedir el perdón porque somos perdonados hasta lo profundo de la entraña.

¡Ah!, si aprendemos a cantar y a bendecir, con todo el coro de los Ángeles, con el magníficat de santa María la Virgen, con el santo de los coros celestiales.

¡Qué bien! si en este libro de *Orar con san Antonio* recogemos el fruto de la paz, de la serenidad, del abandono confiado en las manos del Padre, de ser misioneros, portadores de la amabilidad y la laboriosidad. ¡Qué alegría!, si al final respiramos con la Humanidad entera en más justicia y paz, en la abundancia de un corazón hecho hermano con los enfermos, con el dolor, con todo el entorno de la tierra hermana, con los mares y los peces que se movían delante de las palabras predicadas por el Hermano Antonio, a quien san Francisco dio permiso para que enseñase teología sin "ahogar el espíritu de la oración y devoción".

Venga más bendición y alegría con la lectura de un libro sencillo, que es oración, pedagogía, intercambio, migas y migajas que caen de la mesa para todos los que se acercan a los banquetes de la pobreza, de la caridad, de la petición y la acción de gracias.

No falte el canto nunca, ni la oración, ni la respiración que armoniza el Cosmos, el Creador con la criatura.

Me pongo a leer, a orar, a escuchar los latidos, como se oyen dentro del mar los movimientos de los cetáceos y en los aires los vaivenes de las zancudas, su

timón atravesando los continentes. En esta página recojo la oración de un sediento, y en la otra el paso de un aluvión en el campo, y en la imprevista página el viento que sopla donde quiere. Siento que mi tienda se ensancha y cabe todo el mundo. La fuerza de la oración, del mismo Espíritu, llena los escondrijos del trabajo, del hacer, del caminar, de la relación con los demás. Mi vida está en oración con todos. Me pongo a leer; leemos en voz alta y en voz pausada, en silencio y a gritos. ¡Qué bien me puede hacer una oración!, como el despertar a un sentido que antes no tenía mi vida, un enamoramiento, una visión de Dios, un acercamiento a la realidad más profunda: la amistad con Dios y con la Humanidad.

Nos ponemos a leer, a orar.

A ver si adivinamos cuándo es una flauta la que invita a danzar, o cuándo un trombón que llora, y lloramos. Las lágrimas también puede aparecer en la oración, el dolor es muchas veces el momento fuerte de una oración, como la situación de una puerta a la locura, al pesimismo, al borde de un abismo.

La oración es bienaventuranza, momento de abrazos y de cubrir de besos a "Aquel a quien amamos, sentimos, o hemos perdido". Y es ocasión de llenar toda la casa del mejor perfume, porque se cree en el amor, en el amante, en quien da la vida y saca de la muerte.

Oh Antonio, santo y doctor, franciscano, sigue predicando y mostrando cómo la oración es el corazón grande que da latidos a cada momento agradeciendo y pidiendo, sanando y mostrando la pobreza del corazón. Destierra muerte y error de nosotros, y acompaña a nuestra salud, dando gracias y bendiciendo al Señor Tres veces Santo, Fuerte e Inmortal.

Victorino Terradillos

Introducción

Buena escuela es la de los santos.

Privilegio es orar con el Santo que fue llamado "Arca del Testamento" por el Papa Gregorio IX.

Bella cosa es orar con el santo que fue declarado, para toda la Iglesia "Doctor Evangélico" por el Papa Pío XII.

Justo es orar con el que fue exaltado como "El Santo de todo el mundo" por el Papa León XIII.

Iniciamos un camino de oración con los sermones de San Antonio de Lisboa, de Padua y de todo el mundo, que puede definirse como Teología orante.

Después de una introducción, entresacamos fragmentos del sermón elegido.

Con el título "San Antonio de Padua, Doctor Evangélico. Sermones Dominicales y Festivos" fueron publicados los sermones de San Antonio por los Franciscanos de la Provincia de Castilla el año 1995, en el Instituto

Teológico Franciscano de Murcia. La edición, dirigida por P. Victorino Terradillos Ortega, cuenta con una erudita introducción de P. Rafael Sanz Valdivieso, la no menos exquisita traducción de D. Teodoro Martín, y está enriquecida por varios índices. Consta de dos gruesos volúmenes con un total de 2.433 páginas. En esta obra grandiosa he espigado algunos fragmentos, titulándolos y ofreciéndolos literalmente en XXX breves capítulos para orar.

El Santo escribió los sermones a petición de sus discípulos, para usarlos de pauta en la predicación. Comenta las lecturas bíblicas del día, sea domingo o festivo, tal como lo hacían los predicadores de su tiempo, extrayendo los cuatro sentidos: literal, moral, alegórico y anagógico. Conservamos este esquema solamente en el capítulo XXV, por ser un sermón más breve, pues en general son muy extensos.

Al entrar en los sermones del Santo asombra su conocimiento de la Sagrada Escritura, cómo la cita continuamente, cómo relaciona unos lugares con otros. Llama la atención también su amplio conocimiento de las Ciencias Naturales, de los escritos de los Padres de la Iglesia y de los filósofos.

Incide continuamente el Santo en el tema de la conversión. Y lo hace con energía y radicalidad. Hay que tener en cuenta que en su auditorio había gentes de

moral muy variada, y con esa rara mezcla de amabilidad y firmeza que él sabía esgrimir, los encaminaba eficazmente hacia Dios.

He agrupado los textos seleccionados en cinco partes. La primera sobre el tiempo de búsqueda y conversión; la II sobre el retiro para ahondar en la oración y la virtud: la III sobre la Santa Virgen; la IV sobre el Misterio de Cristo; y la V sobre el precepto del amor.

Los capítulos van precedidos de una nota sobre la vida del Santo tomada de la *Leyenda Assidua*, de autor anónimo; o bien de la *Vida segunda*, de Fray Giuliano da Spira, primeras biografías escritas sobre el Santo en el siglo XIII. Mi objetivo es que la palabra no se aleje de la ejemplaridad y presencia espiritual de la persona que la pronunció, san Antonio.

No tenemos la voz del Santo, pero ofrecemos literalmente su palabra en los textos elegidos, dejando que el predicador exhorte, el sabio enseñe, el santo prenda la llama.

Antes de la reflexión que ha de conducir al encuentro con el Señor, hará bien al orante, encomendarse al Santo y orar bajo su protección firme y amable.

Breve semblanza de san Antonio (1191-1231)

Nació en Lisboa el año 1191. Fueron sus padres Martim de Bulhões y Teresa Taveira. Con las aguas del bautismo recibió el nombre de Fernando.

Desde los 6 años frecuentó la escuela catedralicia, empleándose en el estudio. Hasta los quince vivió en la casa paterna, junto a la iglesia de Santa María. A partir de esa edad sintió con mucha fuerza los atractivos del mundo, pero luchó valerosamente durante dos años para vencerse a sí mismo. Sentía dentro de sí la llamada para consagrarse a Dios.

Al fin, el año 1208 con humilde devoción, ingresó Fernando en la Colegiata de San Vicente de Fora, de canónigos regulares de San Agustín, en Lisboa. Permaneció en ella solamente dos años. Estaba descontento, por las frecuentes visitas de amigos que le distraían de su propósito. No sin esfuerzo consiguió del superior un traslado a la Colegiata de Santa Cruz, en Coimbra.

Ya en la soledad deseada se dedicó de lleno a la oración y al estudio. "Siempre cultivaba el ingenio con no poco estudio y ejercitaba su mente en la meditación. Día y noche, según la oportunidad, se ocupaba en la lectura divina" (Leyenda Asidua). Tan tenazmente retenía en la memoria lo que leía que, para admiración de todos, pronto llegó a poseer un amplio conocimiento de la Escritura Santa. A los 23 años fue ordenado sacerdote.

Nueve años pasó Fernando en Santa Cruz, lleno de fervor y pareciéndole poco lo que por Dios hacía. Hasta que vino a llamar su atención la presencia de los frailes menores en el eremitorio de San Antonio de Olivares y trabó contacto con ellos. El interés pasó a ser apasionante cuando llegaron los despojos de los primeros mártires franciscanos, desde Marruecos a Coimbra. Los traía con honor el príncipe Pedro, hermano del Rey Alfonso III, y los depositó en la colegiata de Santa Cruz. Este hecho dio un vuelco a la vida de Fernando. Se encendió en deseos de martirio. Era un tiempo de grandes ideales de cruzada, y él haría algo grande por Cristo dando la vida por predicar su nombre.

En la primavera de 1220 pidió a los frailes ser recibido en su orden: "Amadísimos hermanos, de buena gana recibiría vuestro hábito si prometéis enviarme a

tierra de sarracenos, para merecer yo también la corona junto a los mártires". Llenos de alegría los frailes, decidieron abreviar el tiempo y darle el hábito al día siguiente.

Pidió licencia Fernando al superior para pasar a los menores y "a duras penas, y a fuerza de ruegos, pudo sacársela. Llegan los frailes de buena mañana, según lo convenido, y visten con premura al siervo de Dios el hábito franciscano en el monasterio. Apenas han acabado cuando llega uno de sus hermanos, los canónigos regulares, que con amargura de corazón le dice: *Vete, vete, que serás santo*. El siervo de Dios le responde humildemente: *Cuando oirás que soy santo alabarás al Señor*. Y tras esto, se dirigen los frailes a buen paso al convento, seguidos de cerca por el novicio, al que acogen en su seno con demostraciones de caridad" (Asidua).

Para esquivar las pesquisas de sus parientes, Fernando cambió su nombre por Antonio. Pronto le cumplieron la promesa de enviarle a Marruecos, pero una grave enfermedad le postró durante todo el invierno. Viendo que no podía lograr su propósito, se vio obligado a regresar a la Península, al menos para recuperar la salud perdida. Pero, cuando la nave se disponía a tocar tierra en las costas españolas, se vio arrojada en Sicilia, por la fuerza de los vientos (Asidua).